

HACIA UNA HISTORIA AMBIENTAL DE LOS CERROS ORIENTALES DE BOGOTÁ

Laura Cristina Felacio Jiménez
Universidad Nacional de Colombia
Dir. Luis Carlos Colón Llamas
lauracrisfj@hotmail.com

RESUMEN

Esta ponencia explora la posibilidad de construir una historia ambiental de los cerros orientales de Bogotá, retomando los principales ejes temáticos que han orientado las investigaciones de los historiadores ambientales urbanos. La ponencia describe las propuestas fundamentales de la historia ambiental urbana, para a partir de ellas preguntarse por la incidencia de las condiciones naturales de los cerros sobre la ciudad, el impacto de las dinámicas urbanas sobre los cerros, y las respuestas institucionales ante los problemas ambientales derivados de este impacto. Posteriormente, se referencian algunos autores que han contribuido a la construcción de una historia ambiental de los cerros orientales de Bogotá.

Palabras clave: historia ambiental urbana, población urbana, naturaleza, cerros orientales de Bogotá.

ABSTRACT

This paper explores the possibility of constructing an environmental history of the eastern mountains of Bogotá, picking up the main themes that have guided the research of urban environmental historians. The paper describes the fundamental proposals of urban environmental history, in order to ask about the influence of the mountains' natural conditions on the city, the impact of the urban dynamics on the mountains, and the institutional responses to the environmental problems caused by this impact. Afterwards, some authors that have contributed to the construction of an environmental history of the eastern mountains of Bogotá are mentioned.

Key words: urban environmental history, urban population, nature, eastern mountains of Bogotá.

1. INTRODUCCIÓN

La presente ponencia se deriva de la tesis titulada "Por unos cerros saneados y embellecidos: La influencia de la higiene y el ornato sobre la protección institucional de los cerros orientales de Bogotá, 1874-1945", presentada en 2016 para optar por el título de Magíster en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia.¹ Enmarcándose dentro de la perspectiva de la historia ambiental urbana, esta tesis explora la manera en la que las ideas en torno a la higiene pública y el ornato de las ciudades influenciaron el temprano desarrollo de medidas institucionales destinadas a proteger a los cerros orientales de los problemas ambientales resultantes del poblamiento de las laderas y de la explotación de recursos forestales y mineros. Así pues, los intentos por mitigar la deforestación de las montañas, la contaminación de las fuentes de agua, la erosión del suelo y el consecuente aumento en la frecuencia de los derrumbes, fomentaron la creación de medidas que respaldaron la vigilancia policial de las montañas, el control de las explotaciones mineras, la adquisición de los predios de las hoyas hidrográficas, la arborización de los terrenos, el desalojo de los pobladores y la construcción de parques públicos. Dichas medidas buscaron mejorar las condiciones de salubridad de los cerros orientales, resaltando sus facultades estéticas y potenciando sus usos recreativos, pues esto se traduciría en una mejoría de la higiene y el ornato del conjunto de la ciudad.

La tesis se estructura en tres capítulos temáticos que permiten abordar el objeto de investigación recurriendo a una metodología fundamentada en la revisión, el análisis y el contraste de fuentes textuales primarias y secundarias, así como en el reconocimiento de lugares, fenómenos y prácticas a través de fuentes gráficas, fotográficas, aerofotográficas y cartográficas. El primero de estos capítulos se pregunta por las complejas construcciones teóricas en torno a la higiene y el ornato de las ciudades, intentando dilucidar la forma en la que los debates internacionales incursionaron en el contexto bogotano, pues fue bajo el lente de la higiene y el ornato que las autoridades municipales y los profesionales higienistas que respaldaron sus decisiones, observaron la ciudad, abordaron sus problemas y orientaron sus transformaciones. El segundo capítulo temático estudia la provisión de agua, el corte de leña, la extracción de materiales de construcción y el poblamiento de las laderas como actividades que buscaron aprovechar los recursos presentes en los cerros orientales, pero que trajeron consigo el surgimiento de problemas ambientales que afectaron la situación sanitaria de la ciudad. Partiendo de la descripción de estos problemas, el tercer capítulo temático se adentra en las medidas institucionales que, a manera de acuerdos y proyectos liderados por las autoridades municipales, intentaron resguardar a los cerros orientales de los problemas que afectaban la salubridad urbana.

Ahora bien, esta ponencia no se enfoca en los capítulos temáticos de la tesis, sino que centra su atención en el capítulo introductorio que los antecede, el cual indaga sobre los principales planteamientos de la historia ambiental urbana entendiéndola como un campo de estudio que permite analizar las relaciones establecidas entre la población bogotana y los cerros orientales a lo largo del tiempo y que, por lo tanto, resulta pertinente para abordar el objeto de investigación. En este sentido, la ponencia inicia con una descripción sobre las motivaciones que llevaron al surgimiento de la historia ambiental urbana como un campo de estudio, los temas que ha abordado y los aportes que ha hecho tanto a la historia ambiental como a la historia urbana, para lo cual rescata las reflexiones de historiadores ambientales como William Cronon, Martin Melosi, Joel Tarr, Christine Meisner Rosen, Andrew Isenberg y Dieter Schott. Luego explora la posibilidad de establecer una historia ambiental de los cerros orientales retomando los principales ejes temáticos de la historia ambiental urbana, los cuales incluyen el impacto del ambiente natural sobre las ciudades, la incidencia de las dinámicas urbanas sobre la naturaleza y la respuesta social ante los problemas ambientales que afectan los espacios urbanos.

Para finalizar, la ponencia referencia las publicaciones de autores como Julián Osorio, Germán Palacio, María Lucía Guerrero, Claudia Cendales, Luis Miguel Jiménez, Germán Mejía, Luis Carlos Colón, Adrián Serna y Diana Gómez, quienes han contribuido a la construcción de una historia ambiental de los cerros orientales de Bogotá, enmarcándose o no dentro de este campo de estudio. Estos autores han entrelazado elementos de la historia ambiental, la historia urbana y la historia social para dar luces sobre las relaciones entre los cerros orientales y la población urbana, pues han explorado temas como el rol de los cerros orientales sobre la estructura y el funcionamiento de la ciudad, la influencia de las demandas urbanas sobre la explotación de los recursos naturales de las montañas, los problemas ambientales derivados de dicha explotación y las respuestas

¹ Una versión más extensa y completa de esta ponencia se encuentra incluida en la publicación *Visiones Alternativas a la Ciudad de Hoy*, editada por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

institucionales que buscaron mitigarlos, llegando incluso a desentrañar las complejas pero inevitables conexiones entre uno y otro tema. Así pues, sin desconocer la importancia que dentro de los capítulos temáticos de la tesis reciben las fuentes primarias textuales y las fuentes visuales de diferente naturaleza, esta ponencia se concentra en fuentes secundarias que permiten exponer un breve y parcial estado del arte de las investigaciones que han aportado al desarrollo de una historia ambiental de los cerros orientales.

2. SURGIMIENTO, TEMAS Y APORTES DE LA HISTORIA AMBIENTAL URBANA

El surgimiento de la historia ambiental urbana puede entenderse como un acto reivindicativo de un grupo de historiadores que no encontraron justificable la orientación exclusiva que hasta el momento había mostrado la historia ambiental sobre el estudio del campo y las zonas inhóspitas. Este grupo de historiadores, dentro de los que se encontraban William Cronon, Martin Melosi, Joel Tarr y Christine Meisner Rosen, defendieron la validez del estudio histórico ambiental de las ciudades, respondiendo ante las provocadoras declaraciones que Donald Worster (1990) había expuesto en el dossier sobre historia ambiental del *Journal of American History* de 1990. Worster, uno de los más reconocidos historiadores ambientales estadounidenses, había definido a la historia ambiental como el estudio del rol que la naturaleza ocupaba en la vida humana, pero al entender a la naturaleza como el mundo ajeno a la intervención humana, había excluido de su definición a las ciudades, en tanto estas eran espacios culturalmente construidos (Rosen y Tarr, 1994).

Acorde con el enfoque agroecológico que permeó a los primeros historiadores ambientales estadounidenses, Worster consideraba que el estudio de los ambientes construidos, adelantado en campos como la historia de la tecnología, la arquitectura y la ciudad, era innecesario e incluso inapropiado para la historia ambiental (Rosen y Tarr, 1994). Sus afirmaciones resultaron cuestionables para historiadores como Cronon, quien tempranamente discutió el enfoque exclusivo de Worster sobre las transformaciones ambientales derivadas de la producción agrícola rural y su consecuente displicencia hacia el impacto ambiental de otro tipo de actividades económicas como la producción industrial urbana (Rosen y Tarr, 1994). Cronon admitía que una parte importante de las transformaciones ambientales obedecía a la demanda que las dinámicas urbanas ejercían sobre el consumo de productos procedentes del entorno rural inmediato, que en la ciudad podían ser sometidos a procesos de transformación industrial para convertirlos en mercancías comerciables (Tarr, 2001).

Igualmente precavidos hacia las limitaciones que se desprendían de la perspectiva agroecológica de la historia ambiental, Rosen y Tarr (1994) señalaron que si bien Worster enunciaba su preocupación por la forma en la que el desarrollo tecnológico capitalista había transformado la naturaleza, caía en una contradicción al restringir este desarrollo a las prácticas de producción agrícola, dejando de lado los procesos tecnológicos implicados en la construcción de las ciudades modernas como evidencias materiales del capitalismo. De tal forma, estos autores compartían la opinión de Melosi frente a la incoherencia que Worster dejaba entrever cuando afirmaba que los historiadores ambientales debían estudiar la intrusión de los humanos en la naturaleza a través de los procesos agrícolas pero no a través de los procesos urbanos, siendo que tanto los unos como los otros se encontraban culturalmente mediados (Rosen y Tarr, 1994).

Como uno de los críticos más radicales de Worster, Melosi cuestionaba su percepción prístina de la naturaleza a la par que discutía su descripción del ambiente construido como una expresión enteramente cultural, pues esto conducía a pensar que la ciudad se encontraba completamente escindida de la naturaleza, siendo que la ciudad, "desde el momento de su creación forma parte del mundo físico, y nos guste o no, interactúa y en ocasiones se mezcla con el mundo natural" (Melosi, 1993: 4). La postura de Worster frente al distanciamiento entre el mundo urbano y el mundo natural demostraba su desconocimiento hacia las longevas y multidisciplinarias discusiones en torno a la naturaleza de la ciudad, en las cuales fue recurrente la concepción de la ciudad como un organismo que podía crecer y auto regularse como los seres vivos (Melosi, 1993). Esta concepción orgánica de la ciudad caracterizó los planteamientos de la Escuela de Chicago (Melosi, 1993), una importante corriente de la sociología urbana que aportó al desarrollo de la historia ambiental urbana.

En un intento por matizar la oleada de críticas hacia la postura radical de Worster, Andrew Isenberg (2006) señalaba que este efectivamente había defendido la división intelectual entre la ciudad y el campo, pero en ningún momento lo había hecho en solitario y mucho menos era su autor. De hecho, la responsabilidad por la brecha existente entre los estudios urbanos y los estudios rurales no recaía únicamente en los historiadores

ambientales partidarios de la perspectiva agroecológica, sino que era una responsabilidad compartida con los historiadores urbanos pues, como advertía el mismo Isenberg (2006: xii), "el desinterés de Worster y otros historiadores ambientales por los espacios urbanos fue equiparado por el largo desprecio de los historiadores urbanos hacia el ambiente natural". No obstante, ambos lograron acortar esta brecha mediante intercambios informales en los que "cada campo adoptó constructos teóricos del otro" (Isenberg, 2006: xii), lo cual se evidenció en el momento en que los investigadores urbanos incorporaron ideas de las ciencias ambientales para conceptualizar la ciudad. Tal fue el caso de la Escuela de Chicago, que retomó conceptos de la ecología humana para explicar el crecimiento de la ciudad y las actividades de sus habitantes, bajo el precepto de que la ciudad actuaba como un organismo en permanente evolución (Isenberg, 2006).

Las visiones orgánicas de la Escuela de Chicago, que orientaron los estudios urbanos durante las primeras décadas del siglo XX, fueron retomadas por historiadores ambientales urbanos como Melosi y Tarr, quienes se adentraron en el estudio de la contaminación y el saneamiento de las ciudades, entendiéndolas desde el complejo concepto de sistema o a partir de la idea de metabolismo urbano (Isenberg, 2006). En efecto, el interés por entender los intercambios metabólicos entre la ciudad y la naturaleza se sumó a la curiosidad por explicar la articulación entre una y otra a través de la tecnología, lo cual motivó el estudio de temas que hoy en día gozan de una notable popularidad dentro de la historia ambiental urbana, como la construcción de infraestructura para la provisión de agua y la disposición de residuos, la repercusión de esta infraestructura sobre la salud pública y sus impactos sobre el entorno natural (Tarr, 2001).

Aunque algunos académicos han especificado que la historia ambiental urbana surgió en los Estados Unidos en la década de 1990 como un importante subcampo de la historia urbana y de la historia ambiental (Schott, 2004), desde décadas anteriores los historiadores venían estudiando temas que de manera intencionada o desprevenida intentaban trazar caminos de comunicación entre la ciudad y la naturaleza. Como ejemplo de ello, las tempranas investigaciones sobre los sistemas de provisión de agua para las ciudades se ampliaron hacia finales de la década de 1970, cuando historiadores de la tecnología sanitaria y de la salud pública prestaron atención a aspectos como las consecuencias sociales, institucionales y ambientales de la implementación de infraestructura técnica urbana para el abastecimiento de agua potable, la evacuación de aguas residuales y el manejo de residuos sólidos (Tarr, 2001). Sin duda, esto permitió establecer vínculos entre la historia de la tecnología, la historia de la medicina y la naciente historia ambiental.

Los historiadores ambientales también estuvieron influenciados por estudios que, desde la geografía, la economía, la planeación urbana y el diseño urbano, exploraron las conexiones entre la ciudad y la naturaleza. Entre otras cosas, dichos estudios se interesaron por los flujos de materias primas entre el campo y la ciudad, la transformación paisajística derivada de la expansión urbana, el diseño de parques al interior de la ciudad, y la construcción de asentamientos suburbanos que combinaron dinámicas urbanas con formas de vida rurales para satisfacer la demanda habitacional de la creciente clase media (Tarr, 2001). A estos aportes procedentes de otras disciplinas se sumó el reciente interés de los historiadores por analizar las cuestiones políticas, sociales y de género relacionadas con la ciudad y la naturaleza, lo que motivó la apertura de nuevos temas de investigación en el marco de la historia ambiental urbana (Tarr, 2001).

Tomando estas contribuciones académicas como punto de partida, los historiadores ambientales emprendieron el estudio de las relaciones entre la ciudad y la naturaleza siguiendo ejes temáticos que, a decir de Rosen y Tarr (1994), se concentraron principalmente en la incidencia de las dinámicas urbanas sobre el ambiente natural, en los impactos del ambiente natural sobre las ciudades, y en la respuesta social ante los problemas ambientales. Sin embargo, atendiendo a la popularidad que durante los últimos años han ganado tanto la idea de metabolismo urbano como las cuestiones políticas, sociales y de género, Tarr (2001) evaluó nuevamente los avances de la historia ambiental urbana como campo de estudio, reconociendo la existencia de ejes temáticos adicionales que examinan las relaciones entre la ciudad y su entorno rural, así como el papel de la clase, la raza y el género respecto a asuntos ambientales urbanos.

Así pues, resulta de interés para los historiadores ambientales urbanos el análisis de la forma en la que el crecimiento de las ciudades ha modificado las dinámicas ambientales, lo cual es evidente en la medida en que la construcción de edificaciones, acueductos, alcantarillados y redes de transporte, telecomunicaciones, electricidad y gas ha conllevado a transformar el entorno natural mediante la nivelación de las colinas, la excavación del suelo, la tala de los bosques, la pavimentación de las praderas y el relleno de los humedales, sin

contar la consecuente alteración en los patrones climáticos (Rosen y Tarr, 1994). Pero la infraestructura requerida para la reproducción de la vida urbana no solo ha transformado el entorno natural dentro de los límites de la ciudad, sino que también ha ejercido presión sobre las zonas circundantes. La demanda de alimentos para la población urbana ha provocado, por ejemplo, una sobreexplotación del suelo rural y ha potenciado el uso de pesticidas, fertilizantes y técnicas de modificación genética. De forma similar, las montañas han sido minadas para obtener materiales de construcción, mientras que los cauces de los ríos han sido represados, desviados y canalizados para conseguir su máximo aprovechamiento hídrico y eléctrico, lo cual ha generado inundaciones y contaminado el agua (Rosen y Tarr, 1994).

La historia ambiental urbana evita abordar las relaciones entre la población urbana y el ambiente natural de manera unidireccional y, por ende, reconoce la influencia que la naturaleza ha tenido sobre el proceso de urbanización, no en vano las ciudades se han fundado en lugares con atractivos naturales como la presencia de ríos copiosos, terrenos asequeables y suelos fértiles (Rosen y Tarr, 1994). Asumiendo un rol activo en el desarrollo urbano, el ambiente natural ha determinado la localización de las ciudades, ha proveído el sustento diario para los pobladores, ha proporcionado espacios de contemplación estética, e incluso ha incidido sobre la organización política y socioeconómica de la población (Rosen y Tarr, 1994). Sin embargo, no todas las relaciones entre la población y la naturaleza han sido cordiales si se tiene en cuenta que esta última ha motivado la aparición de problemas que abarcan desde la preocupación cotidiana por el mal clima, hasta los grandes desastres naturales que han marcado la historia de las ciudades en forma de inundaciones, sequías, huracanes, tornados, incendios, derrumbes, hambrunas o epidemias (Rosen y Tarr, 1994).

De las investigaciones sobre las relaciones recíprocas entre la población urbana y el entorno natural, se desprende el interés de los historiadores ambientales urbanos por conocer la respuesta de la población ante los problemas ambientales que la han afectado, ya sean problemas derivados del impacto humano sobre la naturaleza, o problemas resultantes de la acción autónoma de las fuerzas naturales. De acuerdo con Rosen y Tarr (1994: 306), "las personas han debatido el significado de los problemas ambientales urbanos, y han usado la ley y el litigio, las regulaciones gubernamentales, las transacciones mercantiles, las normas sociales, y la fuerza bruta en su esfuerzo por tratar de controlarlos". En efecto, este esfuerzo ha sido visible en la actuación de instituciones de gobierno que se han valido de instrumentos como la legislación para orientar las soluciones prácticas a los problemas ambientales urbanos, aunque no han estado exentas de enfrentar limitaciones técnicas y económicas que han dificultado la ejecución exitosa de dichas soluciones.

Ahora bien, no todas las intervenciones frente a las condiciones problemáticas del entorno natural han corrido por cuenta de actores institucionales, pues la población urbana ha estado sujeta a normas sociales tácitas e ineludibles que han influenciado el comportamiento individual y colectivo hacia la naturaleza. Lejos de ser expresiones conceptualmente vacías, las legislaciones institucionales y las normas sociales han estado permeadas por ideas que han condicionado la percepción de la naturaleza en diferentes contextos, lo cual ha llevado a que los historiadores ambientales urbanos, de la mano de los historiadores de las ciencias, la medicina y la tecnología, se pregunten por dichas ideas y, en particular, por la incidencia que han tenido sobre las acciones encaminadas a solventar los problemas ambientales de las ciudades (Rosen y Tarr, 1994).

Durante las últimas décadas, la historia ambiental urbana ha logrado establecerse como un subcampo de estudio relevante tanto para la historia ambiental como para la historia urbana, a pesar de que su enfoque predominantemente empírico ha sido secundado por una fundamentación teórica en algunos casos difusa y en otros dependiente de conceptos procedentes de las ciencias naturales (Melosi, 1993). Su corta existencia se ha visto compensada por un número creciente de investigaciones que han abordado las relaciones entre la ciudad y la naturaleza con la firme creencia de que una no puede concebirse aislada de la otra. Para los historiadores ambientales urbanos no cabe duda de que la naturaleza ha sido transformada de acuerdo con las exigencias de la vida urbana, al mismo tiempo que la localización y el crecimiento de las ciudades han dependido de las condiciones del entorno natural. Rosen y Tarr sostienen que la brecha académica entre el ambiente natural y el ambiente construido resulta incomprensible si se considera que "el primero influenció las tecnologías, materiales y ubicaciones escogidas para construir al segundo, con el ambiente construido, a su vez, modificando la tierra, el clima, los ciclos del agua, y los ecosistemas biológicos de la naturaleza en un proceso continuo de mutua interacción" (1994: 307).

3. CONSTRUYENDO UNA HISTORIA AMBIENTAL DE LOS CERROS ORIENTALES DE BOGOTÁ

Tomando en consideración los principales ejes temáticos de la historia ambiental urbana, pueden trazarse caminos hacia la construcción de una historia ambiental de los cerros orientales de Bogotá, entendiéndolos como escenario de manifestación de las complejas relaciones establecidas entre los habitantes de la ciudad y la naturaleza circundante. Al analizar la incidencia del entorno natural sobre la ciudad, se explica el papel decisivo que las condiciones naturales de los cerros tuvieron dentro del proceso de fundación de Santafé en el siglo XVI. Cuando los conquistadores españoles llegaron a la Sabana de Bogotá, a la que bautizaron como Valle de los Alcázares (Jaramillo, 1989), quedaron gratamente sorprendidos con la presencia de asentamientos muisca dispersos en la planicie y rodeados por grandes áreas de labranza, pues esto no solo prometía mano de obra indígena para los sistemas de producción colonial, sino que también invitaba a domesticar la sabana a través de actividades agrícolas y ganaderas que, además de proporcionar alimentos, recreaban algunos rasgos del paisaje europeo (Salazar et al., 2000). Sin embargo, el temor hacia las represalias indígenas y las dificultades que imponía el suelo cenagoso y anegadizo de la sabana, conllevaron a que los españoles viraran su atención hacia el piedemonte de la cadena montañosa que sobresalía al oriente de la planicie, pues su relieve les permitiría alcanzar una posición militar privilegiada y les brindaría protección contra los vientos procedentes del oriente, en tanto que su suelo seco y sus fuentes de agua, madera y minerales garantizarían la construcción de edificaciones, el funcionamiento de industrias y la subsistencia de la vida urbana cotidiana (Vargas, 2007).

La altura, los ríos, los bosques y los depósitos minerales de las montañas, representaron alicientes para un poblamiento urbano sostenido, presentándose como razones de peso para que los españoles eligieran el piedemonte del Cerro de Guadalupe como el lugar propicio para el establecimiento permanente de Santafé (Osorio, 2008). Pero las condiciones naturales de los cerros orientales no fueron las únicas que determinaron la fundación y el crecimiento de la ciudad, sino que actuaron conjuntamente con motivaciones de tipo comercial y religioso. Entre las motivaciones comerciales se destacaron las rutas comerciales indígenas que discurrían por los cerros, permitiendo el transporte de productos como la trementina de los páramos cercanos, los plátanos de las llanuras orientales (Salazar et al., 2000) y la sal del pueblo de Zipaquirá (Palacio, 2008). Estas rutas comerciales llamaron la atención de los españoles de la misma forma en que lo hicieron los valores sagrados que los muisca atribuían a los ríos, lagunas y árboles de las montañas (Salazar et al., 2000). En efecto, los evangelizadores españoles utilizaron esta sacralidad preexistente para construir iglesias monumentales sobre los cerros de Monserrate y Guadalupe, lo cual motivó la práctica regular de peregrinaciones católicas que poco a poco fueron difuminando los antiguos rituales indígenas de adoración (Salazar et al., 2000).

La incidencia de los cerros orientales sobre la ciudad también se hizo visible en la estructura lineal que adoptó el crecimiento urbano durante las primeras décadas del siglo XX, como consecuencia de la consolidación de barrios suburbanos que potenciaron la expansión hacia el norte y el sur, fracturando la forma compacta y concéntrica de la ciudad colonial. Barrios suburbanos como Chapinero surgieron como respuesta ante las condiciones de hacinamiento e insalubridad que, hacia finales del siglo XIX, asediaban a las parroquias tradicionales de La Catedral, Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino. Estas condiciones en gran medida se debían a que el aumento demográfico de la ciudad no se había correspondido con una expansión suficiente del área urbana, por lo cual había sido necesario suplir la demanda habitacional de las densificadas parroquias mediante la subdivisión de inmuebles coloniales en pequeñas habitaciones de alquiler, o a través de la construcción de viviendas apeñuscadas en solares que anteriormente habían estado sembrados de árboles y cultivos a falta de jardines y parques públicos (Salazar et al., 2000). Germán Mejía reúne cifras que evidencian la densificación de las parroquias tradicionales a lo largo del siglo XIX y el descenso general en dicha densificación iniciado el siglo XX, cuando era un hecho la existencia de suburbios como Chapinero y la formalización de antiguos arrabales periféricos como Las Cruces, Las Aguas, San Diego y Egipto (Mejía, 1999).

Chapinero, un caserío ubicado unos pocos kilómetros al norte de Bogotá, sobre el piedemonte del Cerro del Cable, había sido un sitio tradicional de recreo y peregrinación para los habitantes de la ciudad, pero durante los últimos años del siglo XIX, sus amplios espacios, su aire fresco y sus limpias quebradas fueron vistas como condiciones naturales atractivas por parte de familias pudientes que buscaron escapar del hacinamiento y la insalubridad de las parroquias tradicionales para construir, en este nuevo paraje, espaciosas casas campestres también conocidas como quintas (Palacio, 2008). La urbanización de Chapinero no fue exclusivamente residencial, sino que también incluyó la instalación de actividades comerciales, industriales y educativas que se beneficiaron con la construcción del Ferrocarril del Norte en 1882 y con la inauguración de la línea del tranvía

de mulas entre la ciudad y el caserío dos años después (Palacio, 2008). Para 1885, el grado de urbanización que había alcanzado Chapinero condujo a que la Municipalidad de Bogotá lo elevara a la categoría de barrio (Municipalidad de Bogotá, 1984), convirtiéndose así en el primer suburbio de la ciudad y en un importante polo de atracción del crecimiento urbano hacia el norte (Del Castillo, 2003). Durante los años siguientes se construyeron barrios y equipamientos contiguos a las vías que comunicaban con Chapinero, mientras que en el extremo suroriental de la ciudad se inició la paulatina urbanización de los predios ubicados sobre el camino que conducía a San Cristóbal (Del Castillo, 2003), de tal forma que la ciudad se fue expandiendo hacia el norte y hacia el sur, adquiriendo la reconocible estructura lineal de principios del siglo XX.

PARROQUIA		AÑO				
		1801	1832	1851	1881	1912
La Catedral	Población	6.739	12.238	11.038	31.900	22.331
	Manzanas	74	74	74	82	79
	Densidad (habitantes/manzana)	91	165	149	389	283
Las Nieves	Población	4.929	6.433	8.652	26.343	24.589
	Manzanas	50	50	50	70	81
	Densidad (habitantes/manzana)	99	130	173	376	304
Santa Bárbara	Población	2.505	5.258	6.077	11.080	36.179
	Manzanas	17	39	39	51	101
	Densidad (habitantes/manzana)	147	135	156	217	358
San Victorino	Población	1.999	4.362	3.882	15.400	14.004
	Manzanas	32	32	32	47	52
	Densidad (habitantes/manzana)	62	136	121	328	269
TODAS	Población	16.172	28.341	29.649	84.723	97.103
	Manzanas	173	195	195	250	313
	Densidad (habitantes/manzana)	93	145	152	339	310

Densidad habitacional de las parroquias de Bogotá (1801-1912)
(Mejía, 1999: 361)

Ratificando su función como límite oriental del área urbanizable, las montañas contribuyeron a dar forma al crecimiento lineal de la ciudad, al mismo tiempo que generaron espacios libres y modificaron el trazado de las vías, pues la ampliación del ancho de la cadena montañosa en la periferia sur hizo que las carreras se desviaran ligeramente hacia el suroccidente (Salazar et al., 2000). El crecimiento lineal corroboró la importancia de los cerros orientales dentro de la morfología urbana, si bien las representaciones cartográficas coloniales ya habían evidenciado la trascendencia de las montañas en la percepción de la forma y la orientación de la ciudad, pues habían localizado el borde oriental en donde tradicionalmente se situaba el norte geográfico. En palabras de Germán Palacio, "la reiterada representación del plano de la ciudad colocando el oriente en la parte superior del mapa, es decir, donde debería quedar ubicado el norte, hace parte del imaginario más arraigado de Bogotá" (2008: 25- 26), un imaginario que persiste hoy en día, y que incluso sale a flote en la costumbre local de alzar la mirada hacia las montañas en busca de un referente que permita ubicarse en la ciudad.

Los barrios que surgieron sobre la base de los cerros orientales como producto del crecimiento lineal hacia los suburbios de Chapinero y San Cristóbal, lograron evadir la situación de hacinamiento e insalubridad que predominaba en las viviendas del centro de la ciudad, pero no estuvieron exentos de sufrir las inclemencias de los derrumbes que amenazaban con destrozarse casas, vías y redes de servicios. Entendidos como una amenaza para la ciudad y para el bienestar de sus pobladores, los derrumbes evidenciaron la incidencia de los cerros sobre la vida urbana, esta vez, mostrando la fuerza destructiva de los desastres naturales. Sin embargo, los derrumbes no se derivaron únicamente de la sumatoria de condiciones naturales como la inclinación del terreno, la fuerza erosiva del viento y la frecuencia de las lluvias, sino que fueron consecuencia de las actividades de explotación forestal y minera que interactuaron con estas condiciones generando procesos de deforestación y erosión que desencadenaron la ocurrencia de derrumbes regulares.

El desarrollo de actividades de explotación forestal y minera permitió evidenciar el impacto de las dinámicas urbanas sobre los cerros orientales, pues estos estuvieron sometidos a las profundas transformaciones ambientales que generaron las demandas de leña y materiales de construcción por parte de los pobladores urbanos. Las actividades de explotación que condujeron a la paulatina transformación de los cerros iniciaron desde tiempos coloniales, cuando a la urgencia de suministrar leña para el consumo cotidiano de energía calórica se sumó la necesidad de asegurar el poblamiento mediante la construcción de edificaciones que hacían uso de madera, paja, piedra, arena y arcilla extraídas de las montañas, las cuales fueron vistas como la fuente más cercana y abundante de estos recursos (Salazar et al., 2000).

La leña y el carbón vegetal eran productos altamente demandados en Santafé, pues además de ser empleados en usos domésticos como la cocción y la calefacción, eran requeridos por industrias dedicadas a la fundición de metales, la producción de pólvora, la elaboración de loza y la fabricación de ladrillos y tejas (Salazar et al., 2000). De hecho, "era tal su importancia para el sustento de la ciudad que, en la primera mitad del siglo XVI se fijó un servicio obligatorio a las comunidades indígenas para aportar a la ciudad una cuota determinada en cargas de leña, que recibió el nombre de mita de leña" (Salazar et al., 2000: 139- 140). A pesar de que la mita fue abolida posteriormente, la tala de árboles y arbustos de los cerros orientales no se detuvo, sino que quedó en manos de leñadores independientes que encontraron en la venta de leña su sustento económico (Salazar et al., 2000). Los leñadores personificaron el tipo de relaciones que la población santafereña estableció con los cerros orientales, pero su oficio perduró durante siglos, manteniéndose visible hacia finales del siglo XIX, cuando el médico Liborio Zerda (1885) describió a aquellos leñadores de rasgos indígenas, cuerpos robustos y vestidos desgastados, que trasegaban por los senderos escabrosos de las montañas para luego descender a la ciudad con pesadas cargas de leña.



Los leñadores (cercanías de Bogotá)
(Flórez, 1885: 193)

Al igual que el corte de leña, la explotación minera tuvo origen durante el periodo colonial, lo cual se hizo evidente con la temprana instalación de chircales en las estribaciones de las montañas, especialmente en aquellas ubicadas al suroriente de la ciudad (Mejía, 1999). En el siglo XIX, la demanda creciente de ladrillos, tejas, lozas y tubos para la construcción de edificaciones, pavimentos y otras infraestructuras, llevó a que los chircales se multiplicaran, ocupando diferentes áreas a lo largo de la cadena montañosa y utilizando tecnologías que aumentaron tanto la cantidad como la calidad de la producción (Osorio, 2008; Mejía, 1999). Sin embargo, la actividad de los chircales no fue suficiente para abastecer la demanda de la industria constructiva, de modo que al aprovechamiento de la arcilla se sumó la extracción de otros materiales presentes en el suelo de los cerros orientales, como la arena, la piedra y la cal. Estas actividades de explotación minera actuaron en conjunto con la recolección de leña de los bosques, acarreamo inevitables transformaciones en el entorno natural de los cerros que, ante los ojos de los viajeros y cronistas decimonónicos, se habían convertido en montañas que inspiraban tristeza en lugar de admiración.

La explotación minera también estuvo ligada al poblamiento popular de los cerros orientales, que de hecho constituyó otro de los aspectos característicos del impacto humano sobre el entorno natural. Bajo el régimen colonial, los cerros fueron concebidos como una despensa de recursos necesarios para el mantenimiento de la vida urbana, pero sus laderas no resultaron atractivas para la urbanización de amplios sectores de la población, ni tampoco propiciaron el desarrollo de actividades productivas que, como la ganadería, se encontraban dotadas de prestigio social (Salazar et al., 2000). No obstante, las laderas fueron el territorio predilecto para el asentamiento de indígenas artesanos que constituían el sector menos favorecido de la sociedad colonial (Salazar et al., 2000), situación que pareció replicarse siglos más tarde, cuando estos terrenos se convirtieron en el hogar de humildes obreros que laboraban en las industrias mineras. Tal fue el caso de las barriadas obreras que surgieron en la cuenca alta del Río del Arzobispo a partir de los últimos años del siglo XIX, motivadas por la instalación de diversas actividades industriales entre el barrio de San Diego y el suburbio de Chapinero (Serna y Gómez, 2011). El crecimiento industrial de esta zona atrajo a familias enteras que se hicieron a pequeñas parcelas arrendadas por los propietarios de fincas como El Buitrón, La Merced, Las Mercedes, El Paraíso, Barro Colorado y Calderón Tejada, quienes en contraprestación les exigieron la realización de mejoras materiales que valorizaran los predios, o en otras ocasiones, los vincularon como mano de obra en las explotaciones mineras de las que también eran dueños (Serna y Gómez, 2012).

Así pues, tanto el corte de leña de los bosques como la explotación minera que estuvo acompañada de procesos de poblamiento popular, transformaron la apariencia de los cerros orientales, que ya para finales del siglo XIX se encontraban bastante desprovistos de vegetación y mostraban evidentes signos de erosión, lo cual se sumaba a los taludes que deformaban su superficie y a las viviendas obreras que se multiplicaban sobre sus laderas. Pero no fue la apariencia de los cerros lo único que se transformó a raíz de la intervención humana, sino también su vulnerabilidad ante los desastres naturales y su propensión hacia la contaminación ambiental. En efecto, los procesos de deforestación y erosión condujeron a que las montañas fueran más propensas a sufrir derrumbes, al mismo tiempo que aminoraron los caudales y contaminaron las aguas de los ríos y quebradas que descendían por las pendientes, lo cual perjudicó la provisión de agua potable para la población urbana, contribuyendo al estallido de una crisis sanitaria.

4. CONTRIBUCIONES A LA HISTORIA AMBIENTAL DE LOS CERROS ORIENTALES DE BOGOTÁ

Aunque no existen estudios que hayan planteado una historia ambiental extensa y profunda de los cerros orientales de Bogotá, resulta indispensable destacar las contribuciones de Julián Osorio, Germán Palacio, María Lucía Guerrero, Claudia Cendales, Luis Miguel Jiménez, Germán Mejía, Luis Carlos Colón, Adrián Serna y Diana Gómez, al igual que las investigaciones colectivas lideradas por Camilo Salazar, Jair Preciado y Jairo Chaparro. Estos autores no se inscriben necesariamente dentro del subcampo de la historia ambiental urbana, pero han logrado entrelazar elementos de la historia ambiental, la historia urbana y la historia social para dar luces sobre las transformaciones históricas de las relaciones entre los cerros orientales y la ciudad.

Julián Osorio (2008) es autor de un interesante artículo titulado "Los cerros y la ciudad: Crisis ambiental y colapso de los ríos en Bogotá al final del siglo XIX", en el cual intenta reivindicar la dimensión histórica de la tensión entre los cerros orientales y la población urbana, abordando las consecuencias ambientales asociadas al uso de las montañas como fuentes inagotables de agua, leña y arcilla. Osorio (2008) presta especial atención

al funcionamiento de los chircales y alfarerías instalados a lo largo de la cadena montañosa, pues estos aceleraron el proceso de deforestación que condujo a la disminución de los caudales de los ríos y a la contaminación de sus aguas, lo que desató una crisis de abastecimiento hídrico que agudizó la situación de insalubridad urbana hacia finales del siglo. De la mano de científicos, técnicos y demás académicos, las autoridades municipales buscaron salidas a la situación creando, en primer lugar, un aparato institucional destinado al saneamiento general de la ciudad, para luego concentrarse en medidas específicas como la compra de predios en las cuencas hidrográficas, la arborización de las montañas, la purificación del agua mediante el uso del cloro y la captación de nuevos ríos distantes del núcleo urbano (Osorio, 2008).

Osorio hace explícito su interés por estudiar las relaciones de tensión entre los cerros orientales y la población urbana desde una perspectiva histórico ambiental. Germán Palacio comparte esta perspectiva, pero su aproximación hacia los cerros orientales es un tanto más tangencial, pues le interesa exponer una mirada general de la historia ambiental de Bogotá que considere la diversidad del entorno natural circundante, el cual no incluye únicamente a la cadena montañosa, sino también a los ríos que cruzan la ciudad, a la sabana que se extiende hacia el occidente e, incluso, a las tierras cálidas que conducen al valle del Río Magdalena. En su artículo "Urbanismo, naturaleza y territorio en la Bogotá republicana (1810- 1910)", Palacio (2008) explora los vínculos que se tejieron entre el proceso de urbanización, las condiciones de la naturaleza y las características del territorio, durante el siglo en el que la ciudad empezó a despojarse de su carácter colonial para convertirse en una urbe republicana. Aludiendo al lugar que los cerros ocuparon en este entramado de relaciones, Palacio (2008) afirma que la ciudad colonial creció a espaldas de las montañas, siguiendo un trazado ortogonal que contrastó con el modelo geomorfológico de la mayoría de ciudades europeas medievales.

Palacio (2008) reconoce que el asentamiento de la ciudad colonial sobre las faldas de los cerros orientales con el fin de proveerse de recursos naturales, resguardarse de ataques indígenas y localizarse estratégicamente sobre rutas comerciales, fue un fuerte motivo para que la cartografía de la ciudad localizara a las montañas en el lugar tradicionalmente destinado al norte geográfico, lo cual sin duda se convirtió en una evidencia de la importancia que estas adquirieron tanto en el desarrollo factual de la urbanización como en el imaginario que se construyó en torno a ella. La idea sobre la importancia de los cerros orientales fue mantenida por la sociedad urbana republicana, a pesar de que la emergencia de esta estuvo marcada por un aparente distanciamiento entre la población y las montañas en beneficio del acercamiento hacia la sabana. Al respecto, Palacio (2008) asegura que la disolución de los resguardos de la sabana occidental y el crecimiento de la economía exportadora permitieron desanclar a la ciudad del piedemonte de los cerros para fortalecer su relación con la sabana a través de usos agrícolas y ganaderos que fueron complementados por los valores recreativos atribuidos a las tierras cercanas al Río Magdalena. Además, la ciudad republicana empezó a incorporar vegetación dentro de parques, jardines y paseos públicos que ya no fueron concebidos como una evidencia material de la ausencia de civilización sino que, por el contrario, se convirtieron en una muestra de la humanización de la naturaleza (Palacio, 2008). En efecto, hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, Bogotá presenció la creación de espacios públicos arbolados como el Parque Centenario y el Parque de la Independencia, los cuales no solo evidenciaron la humanización de la naturaleza, sino que además rompieron con el núcleo urbano colonial concéntrico, estrecho y hacinado al ser construidos en la periferia (Palacio, 2008).

La construcción de estos parques es abordada por autoras como María Lucía Guerrero (2012) y Claudia Cendales (2009), en los artículos "Pintando de verde a Bogotá: visiones de la naturaleza a través de los parques del Centenario y de la Independencia, 1880- 1920" y "Los parques de Bogotá: 1886- 1938". Guerrero (2012) estudia la construcción del Parque Centenario y del Parque de la Independencia en medio de un periodo de grandes transformaciones urbanas que, entre otras cosas, buscaron incorporar una naturaleza ordenada dentro de la ciudad en atención a la necesidad de purificar el aire y proporcionar espacios de descanso y sana recreación. Guerrero se refiere a las motivaciones que condujeron a la construcción de estos parques, a la elección de su ubicación, a las características que tuvieron, a las actividades que albergaron y a los cambios que presenciaron durante los años posteriores, para luego interpretar las visiones románticas y racionales de la naturaleza presente en ellos. Por su parte, Cendales (2009) sostiene que la construcción de grandes parques desde finales del siglo XIX no solo obedeció a la necesidad de mejorar la salubridad de la ciudad y de promover su reconciliación con los alrededores, sino también a la insuficiencia de medidas como la transformación de las antiguas plazas coloniales en parques y jardines. Describe de manera detallada las particularidades del Parque Centenario, el Parque de la Independencia y el Parque Nacional, incluyendo su ubicación, su extensión, su

estructura, sus edificaciones y su mobiliario, al igual que su función representativa, civilizatoria, educativa y coercitiva.

En el artículo titulado "La urbe modernizada: Elementos para una historia ambiental de Bogotá (1920- 1980)", Germán Palacio se une a Manuel Rouillón (2008) para estudiar los aspectos ambientales asociados a los proyectos que buscaron modernizar la ciudad a lo largo del siglo XX. Estos proyectos terminaron por privilegiar la propiedad privada de la tierra, económicamente rentable, en detrimento de medidas tendientes a mitigar el deterioro ambiental, como la conservación del paisaje sabanero, la arborización urbana, la construcción de parques, la edificación en altura y la regulación de la higiene. Si bien los autores muestran un notable interés por analizar los efectos de la modernización urbana sobre la Sabana de Bogotá, no dejan de sugerir algunas reflexiones en torno al papel de los cerros orientales en el proceso de urbanización, pues "así como Bogotá no puede pensarse sin su articulación con la Sabana, sus habitantes tampoco pueden dejar de tener en la mente la relación de la ciudad con los cerros" (Palacio y Rouillón, 2008: 133). De hecho, los autores reconocen que el crecimiento lineal de la ciudad siguió el borde de los cerros y que sus laderas acogieron el desarrollo de asentamientos marginales ante la escasez generalizada de vivienda, de tal forma que las montañas terminaron por asimilar un valor habitacional que complementó el valor religioso otorgado por los santuarios construidos sobre sus cimas desde tiempos coloniales (Palacio y Rouillón, 2008).

Continuando con los trabajos que aportan a la construcción de una historia ambiental de los cerros orientales sin necesidad de enfocarse sobre ellos de manera exclusiva, vale mencionar el libro *Historia ambiental de Bogotá, siglo XX: Elementos históricos para la formulación del medio ambiente urbano*, que consolida los resultados de una investigación conducida por Jair Preciado, Robert Orlando Leal y Cecilia Almanza (2005). El libro expone una descripción panorámica de los problemas ambientales que configuraron el ambiente bogotano a lo largo del siglo XX, los cuales surgieron como consecuencia de un aumento demográfico asociado a dinámicas políticas y económicas nacionales (Preciado, Leal y Almanza, 2005). Aunque la descripción panorámica que plantea el libro no alcanza cierto nivel de detalle, identifica problemas ambientales fundamentales que abarcan desde el crecimiento desmedido de la ciudad y la espacialización de la pobreza, hasta el deterioro de ecosistemas urbanos como los ríos, los humedales y los cerros (Preciado, Leal y Almanza, 2005). En cuanto a los cerros, los autores reconocen la función que estos asumieron como proveedores de agua, leña y roca arenisca, a la vez que señalan el poblamiento informal del cual fueron objeto en diferentes momentos del siglo, pero se concentran en las políticas de adquisición y arborización de las hoyas hidrográficas que buscaron hacer frente al deterioro ambiental causado por la explotación de estos recursos naturales (Preciado, Leal y Almanza, 2005).

El estudio de la arborización de los cerros orientales es abordado con mayor profundidad por Luis Miguel Jiménez (2011) en su tesis "Unas montañas al servicio de Bogotá. Imaginarios de naturaleza en la reforestación de los cerros orientales, 1899- 1924". Desde la perspectiva de la historia ambiental urbana, Jiménez (2011) explora la primera etapa de la política pública de arborización de los cerros orientales, dilucidando los imaginarios de naturaleza de aquellos personajes de la élite bogotana que se convirtieron en sus gestores. Jiménez (2011) reconoce que la élite interpretó a los cerros como prestadores de servicios para la población urbana, de allí que la escasez de agua resultante de la deforestación los hubiera conducido a recomendar la compra, arborización y vigilancia de los terrenos de las hoyas hidrográficas, con el fin de garantizar la conservación de las fuentes de agua. Esta interpretación servilista se entrelazó con visiones higienistas y mercantilistas que dieron origen a interesantes debates sobre el tipo de especies que debían sembrarse, ya fuera por su valor salubrista o por su potencial maderero (Jiménez, 2011).

Un libro de autoría colectiva que resulta indispensable considerar se titula *Cerros de Bogotá* y sintetiza las reflexiones de autores como Camilo Salazar, Diana Wiesner, Juan Pablo Ortiz, Catalina Useche y Maurix Suárez (2000), formados en el campo de la arquitectura pero cercanos a las investigaciones sobre historia urbana. Los autores dan inicio al libro con una juiciosa descripción de los aspectos geológicos, topográficos, edafológicos, hidrológicos y climáticos que caracterizan estas montañas, así como de las especies vegetales y animales que tradicionalmente las han habitado (Salazar et al., 2000). Sin dejar de lado esta lectura desde la perspectiva de las ciencias naturales, los autores profundizan en el estudio de las relaciones entre los cerros orientales y la población urbana tomando en consideración las particularidades de cada momento histórico. Reconocen las funciones que la población colonial otorgó a los cerros como proveedores de recursos naturales y lugares de peregrinación religiosa, funciones que se mantuvieron durante el periodo republicano al tiempo que

surgieron nuevas aproximaciones hacia los cerros como objetos de estudio de la ciencia ilustrada (Salazar et al., 2000). Heredera de estas relaciones centenarias, la población bogotana del siglo XX se relacionó con los cerros a través de fenómenos como la actividad industrial, el poblamiento popular, la dotación de servicios, la instalación de zonas verdes, el uso del espacio público y la conservación ambiental.

También dentro del horizonte de la historia urbana, Germán Mejía (1999) dedica la primera lectura de su libro *Los años del cambio: Historia urbana de Bogotá, 1820- 1910*, al estudio de la construcción del paisaje urbano como producto de las relaciones que durante el periodo republicano se establecieron entre la ciudad y los elementos predominantes de la naturaleza, es decir, la sabana, los ríos y los cerros, pues "a través de ellos podemos entender de qué manera y hasta qué punto la urbe se fue convirtiendo en una entidad dominadora de su entorno y solitaria en medio de él" (1999: 29). Mejía (1999) descifra los aspectos que caracterizaron las relaciones entre la ciudad y la naturaleza, afirmando que para el caso de los cerros orientales estas relaciones incluyeron la captación de agua, la explotación de madera y carbón, y la extracción de materiales de construcción como arcilla, arena y cal, lo cual consumió la vegetación de las montañas dotándolas de una sensación lúgubre que contrastó con la admiración que aún causaba su imponencia. Pero la explotación de recursos no fue el único aspecto que caracterizó las relaciones entre la ciudad y los cerros durante este periodo. También lo fue la peregrinación religiosa y el poblamiento urbano de las pendientes, especialmente en la zona suroriental de la ciudad (Mejía, 1999). A diferencia de otros autores, Mejía (1999) reconoce un aspecto adicional en el microclima generado por la pared montañosa, que protegía a la ciudad de los vientos procedentes del oriente pero la hacía vulnerable ante el aire frío del sur y las nubes que venían del occidente, las cuales se atascaban en las montañas liberando su carga de lluvia sobre la ciudad.

Para Mejía (1999), el poblamiento de los cerros orientales estuvo ligado a la instalación de actividades artesanales a lo largo de la cadena montañosa, tema en el cual profundiza la publicación *Un siglo habitando los cerros: Vidas y milagros de vecinos en el Cerro del Cable*, dirigida por Jairo Chaparro Valderrama (s.f.). Esta publicación reconstruye la historia de los barrios localizados sobre las laderas del Cerro del Cable, los cuales surgieron como resultado del poblamiento emprendido por las familias que laboraban en los chircales pertenecientes a los propietarios de las haciendas ubicadas al nororiente de la ciudad, o bien, en chircales que habían sido instalados por terceros en terrenos arrendados por estos mismos propietarios (Chaparro, s.f.). Enfocándose en las experiencias de vida de los habitantes de estos barrios, la publicación explora temas como las condiciones laborales asociadas a la producción de ladrillos y tejas, el proceso de poblamiento popular de las laderas, las dificultades relacionadas con la titulación de los predios, los esfuerzos por dotar a los emergentes barrios con equipamientos, infraestructura vial y servicios públicos, y las luchas que la comunidad tuvo que librar con el fin de defender su derecho a habitar esta zona de la ciudad.

Este tipo de luchas promovidas por la comunidad también son abordadas por Adrián Serna y Diana Gómez (2011) en su libro *Estado, mercado y construcción de ciudad: Una historia de los conflictos vecinales en la cuenca del río Arzobispo, Bogotá (1885- 2000)*. Entendiendo a los conflictos vecinales como luchas sociales organizadas desde los barrios con el propósito de controvertir los modelos de ciudad dominantes y defender el derecho a la ciudad, los autores dan cuenta de la forma en la que dichos conflictos se manifestaron en el caso de los barrios de la cuenca del Río del Arzobispo (Serna y Gómez, 2011). Para comprender las motivaciones detrás de estos conflictos, los autores estudian las características del proceso de urbanización de la cuenca, el cual estuvo asociado a la industrialización que experimentó el área de San Diego desde finales del siglo XIX como consecuencia de la oferta de bienes inmuebles, recursos mineros y fuentes de agua que para entonces escaseaban en el centro de la ciudad (Serna y Gómez, 2011). Pero este proceso de urbanización no solo se fundamentó en las dinámicas económicas asociadas a la industrialización, sino que también estuvo influenciado por intervenciones estatales que orientaron la construcción de obras públicas, la implementación de redes de servicios y la edificación de viviendas (Serna y Gómez, 2011).

Partiendo de esta misma investigación, Serna y Gómez (2012) vuelven a compartir sus reflexiones en el artículo "El Carmelo: Historia de una antigua barriada bogotana en la cuenca del río Arzobispo (1900 - 1934)", en el cual examinan el caso de un barrio obrero que mostró con claridad el tránsito de la marginalización hacia el aburguesamiento como fenómeno característico del proceso de urbanización de esta cuenca. El cambio de siglo fue testigo del surgimiento de El Carmelo como un asentamiento marginal que se instaló sobre los predios de la antigua finca El Paraíso, motivado por la transformación de San Diego en un polo de desarrollo industrial (Serna y Gómez, 2012). Los propietarios sucesivos de estos predios permitieron el establecimiento de familias

obreras a cambio de que estas pagaran un arriendo mensual, realizaran mejoras materiales en las parcelas, o trabajaran en las industrias mineras que se ubicaban en la parte alta (Serna y Gómez, 2012). No obstante, la creciente preocupación de la administración municipal por el estado de los barrios obreros y su interés por promover un crecimiento planificado de la ciudad, dieron inicio a un proceso de aburguesamiento de la cuenca, al que contribuyeron las firmas constructoras que veían una gran inversión en la realización de proyectos residenciales en la zona (Serna y Gómez, 2012). El aburguesamiento de la cuenca implicó que El Carmelo fuera desalojado y demolido para dar lugar a la construcción del Parque Nacional, no sin que sus habitantes reclamaran el derecho a una indemnización justa (Serna y Gómez, 2012). Finalmente, El Carmelo fue desalojado sin que ninguna institución pública de carácter municipal, departamental o nacional asumiera la indemnización de familias que durante décadas habían residido allí en calidad de arrendatarios con promesas de titulación (Serna y Gómez, 2012).

Serna y Gómez ilustran la forma en la que los intereses colectivos representados en la construcción de un parque que brindara higiene, ornato y recreación a la ciudadanía, primaron por sobre los intereses particulares de las familias del barrio El Carmelo, quienes entendían la importancia de esta obra pública, pero veían injusticias en el proceso de compraventa de los predios. La primacía de los intereses colectivos sobre los intereses particulares también se hizo presente en el saneamiento del Paseo Bolívar, pues la necesidad de mejorar las condiciones de salubridad de la ciudad legitimó el desalojo y posterior demolición de las precarias viviendas que se habían levantado sobre este sector. Este tema es estudiado por Luis Carlos Colón (2007) en su artículo "El saneamiento del Paseo Bolívar y la vivienda obrera en Bogotá", en el cual analiza el desarrollo de la vivienda obrera en la ciudad durante las cuatro primeras décadas del siglo XX, tomando como caso de estudio el saneamiento del Paseo Bolívar y la construcción del barrio El Centenario como solución de vivienda para parte de las familias desalojadas.

De acuerdo con Colón (2007), durante estas cuatro décadas se crearon normas e instituciones que intentaron regular las condiciones de la vivienda obrera y el comportamiento de sus habitantes, lo cual estuvo en consonancia con un discurso higienista que identificó a los barrios obreros como focos de infección que amenazaban al resto de la ciudad. El Paseo Bolívar, que se extendía sobre una parte considerable de los cerros orientales, fue reconocido como el sector que agrupaba al mayor número de barrios obreros y que exhibía las condiciones de insalubridad más preocupantes, pues eran significativas sus deficiencias en cuanto a la calidad de las viviendas, la provisión de servicios y el aseo de las áreas públicas (Colón, 2007). Estas condiciones llevaron a que el saneamiento del Paseo Bolívar se convirtiera en una propuesta recurrente dentro de los debates municipales, que ahora se encontraban respaldados por la existencia de un conjunto de normas que así como regulaban la construcción de viviendas nuevas, también determinaban el mejoramiento o la erradicación de las viviendas existentes (Colón, 2007). Colón (2007) reseña los acuerdos municipales que hicieron referencia al saneamiento del Paseo Bolívar, pero afirma que este proyecto solo llegó a concretarse con el establecimiento del plan de obras para la celebración del IV Centenario de Bogotá, el cual dictaminó la compra de predios, el desalojo de habitantes y la demolición de viviendas para dar cabida a la construcción de un parque metropolitano recreativo. Gran parte de las intervenciones propuestas para la construcción de este parque no fueron culminadas (Colón, 2007), pero el solo desalojo de los habitantes permitió entender el carácter socialmente diferenciado del poblamiento de los cerros orientales.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Los artículos, capítulos y libros referenciados en esta ponencia, constituyen importantes contribuciones para la construcción de una historia ambiental de los cerros orientales de Bogotá. Aunque no comprenden la totalidad de estudios histórico ambientales sobre los cerros, las investigaciones conducidas por este grupo de autores logran identificar las características esenciales de las relaciones establecidas entre la población urbana y la cadena montañosa, manteniendo concordancia con los principales ejes temáticos trabajados desde la historia ambiental urbana. Así pues, autores como Julián Osorio, Germán Palacio, María Lucía Guerrero, Claudia Cendales, Luis Miguel Jiménez, Germán Mejía, Luis Carlos Colón, Adrián Serna, Diana Gómez, Camilo Salazar, Jair Preciado y Jairo Chaparro, reconocen la incidencia de las condiciones naturales de los cerros sobre la localización, la estructura y la representación de la ciudad, describen el impacto de las demandas de la vida urbana sobre los bosques, suelos y fuentes de agua presentes en los cerros, e igualmente identifican las respuestas dadas por las autoridades municipales ante los problemas ambientales derivados de este impacto,

entre ellas, la arborización de las hoyas hidrográficas, la restricción a las actividades mineras, el desalojo de los asentamientos populares ubicados sobre las laderas y la construcción de parques públicos.

Estos autores también dan luces sobre los problemas que todavía precisan de mayor indagación y sobre las fuentes primarias que merecen ser escudriñadas con más detalle. En efecto, fuentes primarias tan diversas como los artículos de prensa, las tesis universitarias, los proyectos de acuerdos municipales, los informes técnicos, los memoriales de vecinos, los documentos notariales, la literatura costumbrista, la cartografía, las aerofotografías, las fotografías, los grabados, los videos institucionales, los documentales y las entrevistas realizadas a habitantes, aún parecen estar aguardado para ser interrogadas con miras a continuar construyendo una historia ambiental de los cerros orientales, como muestra de la complejidad de las relaciones que han existido y existen entre los pobladores de la ciudad y la naturaleza que inevitablemente los rodea.

6. BIBLIOGRAFIA

- CENDALES, C. (2009). Los parques de Bogotá: 1886- 1938. *Revista de Santander*, 4, 92- 105.
- CHAPARRO, J. (Dir.). (s.f.). *Un siglo habitando los cerros: Vidas y milagros de vecinos en el Cerro del Cable*. Bogotá: Fondo de Desarrollo Local de Chapinero, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Corporación Comunitaria Raíces.
- COLÓN, L. C. (2007). El saneamiento del Paseo Bolívar y la vivienda obrera en Bogotá. *Urbanismos*, 2, 104- 115.
- DEL CASTILLO, J. C. (2003). *Bogotá: El tránsito a la ciudad moderna 1920- 1959*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- FLÓREZ. (1885, Febrero 5). Los leñadores (cercanías de Bogotá). *Papel Periódico Ilustrado* 4, 84, 193.
- GUERRERO, M. L. (2012, Marzo- Agosto). Pintando de verde a Bogotá: visiones de la naturaleza a través de los parques del Centenario y de la Independencia, 1880- 1920. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña*, 1, 2, 112- 139.
- ISENBERG, A. C. (2006). Introduction: New directions in urban environmental history. En A. C. ISENBERG (Ed.), *The nature of cities: culture, landscape, and urban space* (xi- xix). Rochester: University of Rochester Press.
- JARAMILLO, J. (1989, Enero- Junio). Perfil histórico de Bogotá. *Historia Crítica*, 1, 5- 19.
- JIMÉNEZ, L. M. (2011). Unas montañas al servicio de Bogotá. Imaginarios de naturaleza en la reforestación de los cerros orientales, 1899- 1924. Bogotá: Tesis de Pregrado en Historia, Universidad de los Andes.
- MEJÍA, G. R. (1999). *Los años del cambio: Historia urbana de Bogotá, 1820- 1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano CEJA.
- MELOSI, M. V. (1993, Primavera). The place of the city in environmental history. *Environmental History Review*, 17, 1, 1- 23.
- MUNICIPALIDAD DE BOGOTÁ. (1984). Acuerdo número 12 de 1885, por el cual se dividen en dos secciones los barrios de Las Nieves y Santa Bárbara. En CONCEJO DE BOGOTÁ (Ed.), *Acuerdos expedidos por el Concejo de Bogotá 1860-1886* (714- 715). Bogotá: Imprenta Distrital.
- OSORIO, J. (2008). Los cerros y la ciudad: crisis ambiental y colapso de los ríos en Bogotá al final del siglo XIX. En G. PALACIO (Ed.), *Historia ambiental de Bogotá y la Sabana, 1850- 2005* (170- 193). Leticia: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Amazónico de Investigaciones IMANI.
- PALACIO, G. (2008). Urbanismo, naturaleza y territorio en la Bogotá republicana (1810- 1910). En G. PALACIO (Ed.), *Historia ambiental de Bogotá y la Sabana, 1850 - 2005* (18- 46). Leticia: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Amazónico de Investigaciones IMANI.
- PALACIO, G. y ROUILLÓN, M. (2008). La urbe modernizada: Elementos para una historia ambiental de Bogotá (1920 - 1980). En G. PALACIO (Ed.), *Historia ambiental de Bogotá y la Sabana, 1850- 2005* (124- 168). Leticia: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Amazónico de Investigaciones IMANI.
- PRECIADO, J., LEAL, R. O. y ALMANZA, C. (2005). *Historia ambiental de Bogotá, siglo XX: Elementos históricos para la formulación del medio ambiente urbano*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- ROSEN, C. M. y TARR, J. A. (1994, Mayo). The importance of an urban perspective in environmental history. *Journal of Urban History*, 20, 3, 299- 310.
- SALAZAR, C. et al. (2000). *Cerros de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores.

- SCHOTT, D. (2004, Diciembre). Urban environmental history: What lessons are there to be learnt?. *Boreal Environment Research*, 9, 6, 519- 528.
- SERNA, A. y GÓMEZ, D. (2011). *Estado, mercado y construcción de ciudad: Una historia social de los conflictos vecinales en la cuenca del río del Arzobispo, Bogotá (1885- 2000)*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Archivo de Bogotá, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia.
- _____. (2012, Mayo- Agosto). El Carmelo: Historia de una antigua barriada bogotana en la cuenca del río Arzobispo (1900- 1934). *Historia Crítica*, 47, 161- 186.
- TARR, J. A. (2001). Urban history and environmental history in the United States: Complementary and overlapping fields. En C. BERNHARDT (Ed.), *Environmental problems in European cities in the 19th and 20th century* (25- 39). Münster: Waxman.
- VARGAS, J. (2007). *Historia de Bogotá. Tomo I: Conquista y Colonia*. Bogotá: Villegas Editores, Alcaldía Mayor de Bogotá.
- WORSTER, D. (1990, Marzo). Transformations of the Earth: Toward and agroecological perspective in history. *Journal of American History*, 76, 1087- 1106. Citado en ROSEN, C. M. y TARR, J. A. (1994, Mayo). The importance of an urban perspective in environmental history. *Journal of Urban History*, 20, 3, 299- 310.
- ZERDA, L. (1885, Febrero 5). Los leñadores. *Papel Periódico Ilustrado* 4, 84, 194.